

# Presentación

## Los gozos del cuerpo. Análisis fenomenológicos

Graciela Fainstein Lamuedra

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)


graciela.fainstein@cchs.csic.es

 0000-0001-6208-6602

Micaela Szeftel

Universidad Nacional de General Sarmiento

mszeftel@campus.ungs.edu.ar

 0000-0001-8852-8747



© de las autoras

**Citación recomendada:** FAINSTEIN LAMUEDRA, Graciela y SZEFTTEL, Micaela (2025). «Presentación: Los gozos del cuerpo. Análisis fenomenológicos». *Enrahonar: An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 75, 9-15. <<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1702>>

El monográfico de la revista *Enrahonar* que hoy presentamos es una iniciativa del proyecto de investigación *Fenomenología del cuerpo y experiencias de gozo* (Gobierno de España, PID2021-123252NB-I00), que reúne a investigadores e investigadoras de fenomenología de España y de otros países. El proyecto, que comenzó en el año 2013 como *Fenomenología del cuerpo y análisis del dolor*, se ha renovado introduciendo un giro temático que fue gestándose a lo largo de los encuentros y de las jornadas periódicas organizados por el grupo, así como de los encendidos debates que tuvieron lugar allí. La inspiración compartida concierne, desde luego, al método fenomenológico de trabajo filosófico y a la centralidad teórica que se otorga a la problemática del cuerpo como cuerpo vivido, es decir, como dimensión íntima y carnal, no cósmica, de la corporalidad. En esta segunda etapa de la tarea investigadora se estudian las experiencias de gozo corporal, menos atendidas en la literatura fenomenológica que el dolor.

Sobre la experiencia del dolor corporal abundan obras de todo tipo que se encuentran enmarcadas en diversas tradiciones. Podemos mencionar brevemente las obras de Christian Gröny, Saulius Geniusas, Elaine Scarry y Drew Leder. En contraposición, la filosofía, y la fenomenología en particular, han dado solo algunas muestras de la relevancia del fenómeno del gozo para la experiencia humana. Pero incluso cuando el foco está en la experiencia gozosa, usualmente se la describe en términos generales, indagando el vínculo entre afectividad y corporalidad y apelando a menudo al modelo de la «expresivi-

dad», como si el cuerpo fuese un mero vehículo de mostración de la experiencia gozosa y no su real e irremplazable enclave. Otras investigaciones sí se concentran solamente en la descripción de experiencias gozosas definidas por su contenido y situación, pero no dejan entrever una estructura raigal del gozo como vivencia encarnada. En parte, este monográfico ha sido propuesto para ensanchar la escasa literatura existente en torno al gozo, pero, sobre todo, para demostrar que las descripciones de las experiencias de gozo no se agotan en una oposición a las del dolor, sino que contienen un potencial peculiar para dar cuenta de la carnalidad del cuerpo, de cómo se conmueve este desde el interior y de cómo fluyen en él las mociones y los imperceptibles alborozos de la vida.

En esta línea, uno de los aportes más significativos de los últimos años es el de Kristin Zeiler, quien, en su texto de 2010, «A phenomenological analysis of bodily self-awareness in the experience of pain and pleasure: On dys-appearance and eu-appearance», aborda las apariciones gozosas del cuerpo, las eu-apariciones. Estas se oponen diametralmente a las dis-apariciones, descritas por Drew Leder en *The Absent Body* años antes, para quien el cuerpo se sitúa habitualmente en un anonimato operativo. Esto permanece así hasta que una anomalía, un dolor o una disfunción irrumpen y atraen la atención de la conciencia sobre él. La des-aparición del cuerpo se transforma entonces en una dis-aparición, es decir, una aparición del cuerpo como doliente o enfermo. Por su parte, para Zeiler, el placer lleva al cuerpo vivido a la patencia, pone la atención sobre él, poniéndolo en el foco como bueno, fácil, grácil. El gozo en estos casos puede ser de carácter prerreflexivo o totalmente reflexivo, pero incluso en los casos en que estoy sumergida y entregada por completo al gozo, la intencionalidad, en tanto función corporal, es fluida y hay una relación de armonía con el mundo.

Parte de los trabajos que se publican en el monográfico, o al menos las ideas desde las que se ha partido para su elaboración, han provocado sustanciosos debates entre los participantes de las sucesivas jornadas celebradas a lo largo de estos años en los que tuvo lugar el proyecto de investigación, enriqueciéndose así cada autor y cada texto con las aportaciones de los colegas y amigos presentes en dichos encuentros. Una de las cuestiones más discutidas ha sido la de la participación del cuerpo vivido en las experiencias gozosas, y este es, naturalmente, uno de los temas más visitados en los artículos compilados. Se trata, así, de explorar sistemáticamente las eu-apariciones corporales, de revelar sus condiciones de posibilidad y de explorar el gozo en su determinación y en relación con otras experiencias afectivas.

Uno de los textos que aborda la experiencia de gozo en el cuerpo vivido de manera estructural es el de Ariela Battán Horenstein. Recurriendo, precisamente, al concepto de eu-aparición acuñado por Zeiler y jugando con los contrastes, las relaciones, las similitudes y las diferencias entre el gozo y el dolor, la autora elabora cuatro notas distintivas que permiten caracterizar el gozo encarnado y propone, a partir del concepto merleau-pontyano de des-diferenciación, una definición de la corporalidad vivida en la experiencia de gozo que atienda a su

potencia des-diferenciadora. Esto quiere decir que en el gozo las fronteras del cuerpo, el tiempo y la distancia se desestructuran, pierden solidez, en contraste con lo que ocurre con el dolor y su capacidad de restringir, de inmovilizar.

Agustín Serrano de Haro también busca descubrir las propiedades eidéticas del gozo corporal y en ello cuestiona el modelo de Zeiler que hace impensable experiencias de gozo en las que el cuerpo aparezca como placentero, pero manteniendo un foco intencional en lo gratificante. El autor sostiene que tales experiencias pueden y deben ser pensadas, aludiendo, sobre todo, a aquellas en las que el objeto de agrado no se sitúa dentro de los márgenes de los fenómenos somatoestésicos. En dichos fenómenos emerge un cierto «dulce escalofrío» que recorre el cuerpo vivido, pero que se origina en eventos extracorporales y generalmente conocidos por todos, como el de la recepción de una buena noticia, la contemplación estética, etc. En ese momento, lo que aparece como valioso aparece también como placentero. De alguna manera, es como si mi cuerpo y mi estampa entera «no quisieran quedarse fuera de una fiesta que, en rigor, no es la suya».

En diálogo con los análisis de Serrano de Haro, Jesús Miguel Marcos del Cano da cuenta de la confluencia de los ámbitos teórico, afectivo-axiológico y práctico de la conciencia, y permite desarrollar una idea poco elaborada por Husserl, la de la «evidencia afectiva». A la luz de los análisis de la racionalidad afectiva en Husserl, el placer concurre en todo acto del disfrute y está por ello asociado a la captación de lo valioso. Para poder dar cuenta del sentido de la evidencia afectiva, el artículo avanza abordando el carácter vacío del sentimiento y comparándolo a las intenciones vacías de la percepción. Los ejemplos que se toman de Husserl son clásicos: si se observa el cigarro sin fumarlo o el violín sin escuchar su sonido, hay una experiencia afectiva incuestionable sustentada en la anticipación del valor original, pero esta solo se plenifica en el disfrute o en el gozo efectivo de lo valioso. En otras palabras, aquel sentir vacío alcanza su plenitud, su evidencia, en el placer, entendido como una sensación de sentimiento.

No podían faltar en este compendio las aportaciones sobre el fenómeno erótico y la amplia esfera de la sexualidad, en algunos casos con un importante foco en el cuerpo vivido y, en otros, con una presencia más lateral de él. En su texto sobre la pulsión sexual en el psicoanálisis freudiano y el instinto sexual en la fenomenología husserliana, Pau Pedragosa Bofarull emprende una investigación genética sobre las tendencias más primigenias del ser humano, rastreando los conflictos y las tensiones originarios que, según Freud y Husserl, dan lugar a las pulsiones. La pulsión sexual freudiana, independiente del instinto de supervivencia en el infante lactante, encuentra su satisfacción en el placer mismo o constituye objetos alternativos que puedan reemplazar el pecho materno, es decir, lo que en efecto alimenta. En los análisis genéticos de Husserl en torno a los instintos (tomados en sentido fenomenológico y no científico-natural y, por eso, equivalentes a las pulsiones freudianas), el momento de la lactancia también cobra relevancia. Aquí no hay aún una constitución objetiva de lo anhelado (el pecho no es visto como obje-

to) y, en verdad, la tendencia es recrear la sensibilidad táctil y las cinestesis que acompañaron el disfrute en el pasado. En definitiva, sostiene Pedragosa, las pulsiones configuran un sistema de protointencionalidades ciegas y no objetivas que tienen como foco el placer, volviéndose en ese sentido autoafectivas o autoeróticas.

Desde otra perspectiva y llegando a conclusiones distintas, Pilar Fernández Beites establece una asociación directa entre el placer-sensación (que la autora distingue tajantemente del placer-sentimiento) y el placer sexual. Define entonces el placer-sensación como placer del cuerpo, como un gozar que el yo tiene del cuerpo mismo, siendo solo este el objeto y nunca lo que causa dicha sensación ni el contacto físico. El sentimiento sensible del disfrute está dirigido al placer sexual (entendido estrictamente como sensación), pero también, afirma la autora, está entrelazado con los sentimientos vitales, que, aunque son corporales, no se encuentran localizados puntualmente en el órgano sexual y se dirigen hacia el otro como un todo corporal valioso. Por ese motivo, el amor vital vence al hedonismo, entendido como técnica poética que solo busca la sensación de placer.

Por esto último, cabría preguntarnos: ¿qué buscamos en el gozo? ¿El mero disfrute del placer, es decir, su capacidad autoafectiva, como lo sugería Pedragosa Bofarull, o más bien el placer está supeditado a otro estrato más profundo? Quizás, antes que nada, deberíamos retornar a la pregunta fundamental: ¿puede realmente hablarse de un propósito en el gozo corporal?

Eric Pommier retoma este interrogante elaborando un profundo análisis crítico-comparativo entre *El ser y la nada*, de Sartre, y *El fenómeno erótico*, de Marion, al destacar similitudes y diferencias en el abordaje de ambos filósofos. Tanto Sartre como Marion analizan el goce erótico-carnal como paradigma de las relaciones humanas y, en último término, de la posibilidad de establecer la intersubjetividad, pues la relación con el otro se ejemplifica aquí de manera privilegiada. Sin embargo, mientras que Sartre se sitúa en la aporía y en la perspectiva de una imposibilidad del encuentro erótico más allá de la objetivación y el fracaso, Marion sugiere, a partir de Levinas, pero complementándolo, que el existente solo puede vivir como ser humano si encuentra un sentido para sus posibilidades de existencia. Además, Pommier aclara que, en el caso de Marion, esta garantía únicamente puede hallarse en y a través del amor. Sin embargo, según lo ve el autor, la salida del ser que debería posibilitar la descripción del goce carnal podría estar condicionada por una premisa teológica con un carácter más especulativo que estrictamente fenomenológico.

Paula Díaz Romero también dedica su artículo al tratamiento de la filosofía sartriana sobre el encuentro sexual y resalta que, para el filósofo francés, este encuentro puede y suele considerarse dentro de una lógica intersubjetiva de apropiación de la libertad del otro. Sin embargo, afirma la autora, en los textos sartrianos póstumos sobre la moral, puede verse otra arista, distinta a la desarrollada en *El ser y la nada*, en torno al fenómeno de la caricia. Díaz Romero sostiene, reconociendo estar yendo más allá de lo explícitamente afirmado por Sartre pero asegurando la continuidad de su lectura, que en la

caricia tiene lugar una especie de «tregua» o «suspensión» del conflicto entre trascendencias. Esto se debe a que la caricia es un acto en el que el otro se encarna en mí a la vez que yo me encarno en él, que me devuelve al otro en su vulnerabilidad, habilitando así la posibilidad de establecer un vínculo fundado en el cuidado como relación auténtica que revela la alteridad del otro sin querer poseerla.

Dentro de los artículos que proponen una visión del gozo en fenómenos particulares de la experiencia corporal, Xavier Escribano aporta una original y exhaustiva fenomenología de la respiración en la que el gozo de respirar es una forma fundamental de experimentar el gozo de vivir. El vínculo entre respiración y vida, entendidas como experiencias gozosas, está fundamentado a partir de tres parámetros: la conexión entre uno y todo, el intercambio entre el exterior y el interior y la amplitud de la existencia. Desde una perspectiva merleau-pontyana, Escribano aborda el gozo de respirar como gesto fundacional de la vida, bisagra entre lo voluntario y lo involuntario. La falta de respiración conduce a la impresión de una incapacidad de vivir, y si «no poder respirar» es sinónimo de «no poder vivir» (o vivir con dificultad, dentro de un mundo asfixiante), podríamos pensar, recíprocamente, que el hecho de «poder respirar» implica «poder vivir». Respirar amplia y libremente conlleva la idea de una cierta plenitud vital, pues, en palabras de Levinas, «vivir es disfrutar de la vida» y por tanto respirar puede entenderse como el gozo pleno de la vida.

Relacionado con la relevancia de la vida en los abordajes del gozo, Karla Jhoana Núñez Sandoval reflexiona sobre el proceso de gestación, caracterizándolo como una situación marcada por la ambigüedad que bascula entre las condiciones afectivas originarias del dolor y el gozo. Apoyándose en la fenomenología clásica de Husserl, pero también en la fenomenología existencial y feminista a partir de Simone de Beauvoir y continuada por Sara Heinämaa y otras autoras, Núñez perfila tres figuras para caracterizar la relación corporal entre la madre y el feto: simbiosis o fusión, cuerpo parásito y feto como individuo. La experiencia de gestación y lactancia vivida por las mujeres se constituye, así, en una experiencia de subjetividad descentrada, en la que el dolor y el gozo no se manifiestan de forma lineal, sino que ambos están presentes o entrelazados y a veces no llegan a distinguirse. Esta ambivalencia expresa una tensión entre *ser yo misma y no ser yo misma*, ya que dentro de mí habita algo que, con el paso del tiempo, adquiere autonomía.

Es interesante advertir el contrapunto entre esta perspectiva sobre el lugar del yo en las vivencias de gozo y dolor y el enfoque que despliega Miguel Armando Martínez Gallego siguiendo la teoría scheleriana de la estratificación de la vida emocional. El autor insiste en que el criterio más importante de Max Scheler al plantear la distinción entre sentimientos sensibles, vitales, anímicos y espirituales es la profundidad del sentimiento con respecto al yo como persona. Pueden convivir sentimientos de valencia opuesta siempre y cuando estos se sitúen a distancias disímiles con respecto al núcleo personal, es decir, que constituyan diferentes grados de intimidad e implicación afectiva. Por medio de un cuestionamiento de las críticas de Michel Henry a la ética del muniqués,

en el artículo se muestra que, en definitiva, el hedonismo no encuentra en Scheler ninguna acogida, porque los sentimientos sensibles están en el punto más lejano de la estratificación de la afectividad, y no por una postura «moralista» o axiológica.

Ahora bien, si la experiencia de goce es llevada hasta su límite, puede asomar la locura, y el sujeto mismo sufre una cisura. Luís António Umbelino analiza la afectividad caracterizándola como un exceso. Basándose en las especulaciones de Marc Richir, el autor prolonga en el campo de la fenomenología el enfoque completamente nuevo de la comprensión de las psicosis propuesto por Henri Maldiney y por medio de su concepto de «transpasibilidad», al mismo tiempo que adopta el marco teórico trazado por Maine de Biran. Para Biran, el vínculo entre las experiencias gozosas y los estados de alienación se encuentra, desde el nivel más arcaico de la vida afectiva, en el «compartir» una experiencia del límite del régimen de la conciencia de sí, que revela, sin embargo, «rostros» diferentes en el goce y en la locura, como algo que ocurre bajo la forma de lo inesperado y como extraño acontecer que nos sobreviene. De este modo, este acontecer de conjugaciones salvajes, de «encuentro de afecciones» en su condensación eruptiva y siempre transposable, hace que nuestro existir no sea lo que nosotros mismos esperábamos, con lo que se constituye en una experiencia de alienación, que puede tener ecos en lo descrito por Núñez Sandoval.

¿Qué lugar tiene entonces el gozo y el placer en el despliegue de nuestra corporalidad y nuestras vivencias sensomotoras? Mientras que Umbelino trabaja sobre la potencial alienación a la que puede llevarnos la exuberancia del gozo, Joan González Guardiola nos invita a explorar algunos aspectos del pensamiento de Husserl que nos permitan emprender la difícil tarea de una fenomenología de la orientación motriz y su vínculo con lo gozoso del movimiento y su ejecución. A partir de un análisis del origen histórico de la analogía entre orientación en el pensamiento y orientación motriz (historia que no encuentra su marco transcendental, más allá de las alegorías habituales, hasta la obra de Kant), el autor explica cómo algunos pasajes de la obra de Husserl permiten resolver la «paradoja del sentimiento de orientación»: aquello que Kant designaba como un «sentimiento» totalmente subjetivo participa, a través de la motricidad, en la constitución objetiva de las direcciones del espacio. Esta constitución solo puede llevarse a cabo incluyendo dos aspectos en los análisis: la incorporación de un eje de optimalidad agradable/desagradable en el movimiento eficaz y la inclusión de las orientaciones de los otros en la constitución de mis ejes de orientación.

Concluimos este recorrido recordando unas de las expectativas presentes en el momento de planificar el monográfico: la de reunir trabajos de investigación provenientes de distintas tradiciones fenomenológicas y centrados tanto en definir aspectos estructurales del gozo como vivencias del cuerpo, así como otros dedicados a la descripción de experiencias más específicas como la sexualidad, la caricia, la respiración, el embarazo y la orientación, entre otras. Además, deseábamos obtener un panorama del gozo en todos sus niveles: desde

sus estratos más primitivos y asociados a lo instintivo, hasta aquellos en los que el gozo puede asociarse a la felicidad, la admiración estética y el amor. También se procuró recoger aportaciones que abordaran todo el arco intencional del gozo: desde el plano hilético de las sensaciones y el plano noético de los actos de agrado hasta el polo noemático de lo que aparece como gratificante. Esta distinción analítica no implica, empero, una distinción correspondiente en el nivel de la corporalidad, una suerte de estratificación de la experiencia del gozo, sino que afirmamos, siguiendo a Elisabeth Behnke, que existe una impregnación corporal que permea la vida subjetiva en todos sus niveles.

Creemos que la aspiración planteada fue ampliamente cumplida y culminó con una colección de trabajos de una indudable calidad teórica e interpretativa que, esperamos, sirva de apoyo y referencia para toda aquella persona que busque hacer pie en la difícil tarea de describir fenomenológicamente cómo se mueve y se conmueve el cuerpo que goza y siente placer.